



MIS COMPAÑEROS DE TRABAJO Y OTRAS BESTIAS

El amor en horario de oficina

EMPLEADA ASILVESTRADA



Índice

Introducción

Nosotros y el golf

El amor en horario de oficina

El hippy jamaicano

El marido de Miranda

Margarita la ladrona

El viejo

El cenizo

El disgusto del jefe

El memo

Solidaridad

Antiguos compañeros

De cómo acabé paseándome en góndola por Venecia con el memo.

Cambiar de empresa

El huerto urbano

La gripe

Epílogo

¡Gracias por adquirir este libro!

Si te apetece puedes seguirme o comunicarte conmigo en:

<https://twitter.com/NoDomesticado>

Introducción

Hay quien dice que es cómodo el trabajo de oficina. Es posible. Lo que no es cómodo es aguantar a los compañeros de trabajo. Ocho horas al día, cinco días a la semana, once meses al año. Yo he llegado a la conclusión de que todos mis compañeros están locos. Y tener a un puñado de locos encerrados juntos en unos pocos metros es peligroso. Juzguen ustedes mismos.

Nosotros y el golf

El diez de mayo de este año se cumplió el sesenta aniversario de la empresa. Para celebrarlo los responsables de recursos humanos alquilaron un autobús y nos llevaron a un club muy exclusivo de golf a las afueras de la ciudad. Las malas lenguas -que en mi empresa son muchas- decían que el Director General quería demostrar sus dotes en el campo. Lo cierto es que el Director General era socio de aquel club desde hacía diez años y muy amigo de los propietarios, tanto que estos habían delegado en nosotros la gestión de las cuentas del club y el asesoramiento en temas financieros. Seguramente por la confianza que tenían en nosotros y el Director General en ellos, este no había dudado en dedicar una parte importante del presupuesto de formación de aquel año a la clase de golf que recibiríamos los empleados esa tarde.

La cosa es que, a excepción del Director General, ninguno de nosotros jugaba al golf y aquello de tener que pasar tiempo fuera de la jornada laboral con los

compañeros de trabajo y en un campo con nada más que césped no nos hacía gracia a ninguno. Ya después, cuando María Luisa nos dijo que tras la clase de golf tendríamos barra libre en el exclusivo Lobby Bar del club de golf, la idea no nos pareció tan mala.

De camino Pablo se mareó y tuvimos que pasarle dos bolsitas de plástico de esas que tienen siempre en los autobuses. A nuestra llegada, la Directora de Recursos Humanos decidió que Pablo se quedase en el exclusivo Lobby Bar, si era posible acompañado de alguno de nosotros. Aunque a veces nos llevemos mal, el compañerismo siempre triunfa en estos casos y, no solo no teníamos problema alguno en quedarnos con Pablo, sino que empezamos una discusión encarnizada por ver quién de nosotros se quedaba acompañándolo en el Lobby Bar. La directora, finalmente, eligió a uno de los informáticos - que todo el mundo sabe que es una profesión de gente tímida y poco dada a los jaleos-. Como, en general, también son poco dados a socializar y no muy ruidosos, la directora no tuvo que pedir por favor que se comportara, como sí hizo con nosotros.

Antes de empezar la clase, Luis -que el café del desayuno en vez de con leche se lo toma con brandy- propuso quedarnos en el Lounge Bar y tomar algo

fresquito, y todos estuvimos de acuerdo, todos menos la Directora de Recursos Humanos y María Luisa -que es el ojito derecho de la directora-. Así que, con tristeza, dejamos a Pablo y al informático y nos fuimos hacia uno de los laterales del campo para comenzar la clase.

Una vez en el campo de juego nos repartieron camisetas, gorras y mapas del lugar. Las camisetas y las gorras estaban serigrafiadas con el logotipo de la empresa y un dibujo bastante ridículo de un topo con un palo de golf, que pretendía dar un toque festivo al evento y a todos nos pareció que nos daba más bien un aire estúpido. Las camisetas eran entalladas de cuello y no nos quedaban bien a ninguno. Fabián fue incapaz de meter la cabeza por el cuello de la suya y por eso se quedó fuera de la foto que nos hicieron a todos para el anuario de la empresa. Como el cuello de la camiseta nos apretaba un poco todos salimos bastante sonrientes en la foto.

Después de la foto, apareció un señor con muchos palos de golf y nos dijo que iba a ser nuestro monitor y que nos iniciaría en el bello arte de la precisión. Tras un rato explicándonos en qué consistía ese arte, algunos empezábamos a dudar de que la clase consistiese en aprender a dar golpes con un palo a una pelota del tamaño de una mandarina. Cuando el monitor

nos dijo que nos iba a convertir en verdaderos golfistas, Ausprungen -que no es para nada el típico alemán y no entiende muy bien el castellano- se echó a reír.

El monitor nos explicó que primero empezaríamos con una pequeña clase teórica y luego iríamos probando a tirar al hoyo; habló del tee, del Green y el swing. Cuando María Luisa trató de tranquilizar a Margarita, que no había entendido nada, diciéndole que solo tenía que tratar de meter las pelotas en el agujero, Ausprungen tuvo que retirarse a un lado por la risa. La Directora de Recursos Humanos, enojada, clavó la vista en Ausprungen. Y fue justo en ese momento, cuando la Directora de Recursos Humanos no estaba pendiente de ninguno de nosotros porque tenía la vista puesta en Ausprungen, cuando Luis se acordó de Pablo y decidió acercarse un momento y ver cómo estaba. A Luis lo siguió Mauro, que también estaba preocupado. Al llegar al Lounge Bar vieron al informático contando en voz muy alta al camarero -que tenía cara de tormenta-, que en nada tenían que ver Batman y Superman porque Batman no mata y eso está por encima de que los rayos x y las velocidades supersónicas de Superman. Mientras esperaban a que Pablo saliese del baño y Luis y Mauro decidieron tomarse algo en la barra, pidieron dos gin tonic al camarero, que acabaron siendo tres porque el informático tenía la boca seca y “necesitaba un trago”.

La cosa es que después del gin tonic y al ver que Pablo seguía más o menos igual, decidieron volver con el grupo, pero el grupo se había cambiado de hoyo y como no estaban muy seguros de adónde habían ido, volvieron al exclusivo Lounge Bar y se tomaron dos margaritas con un platito de aceitunas.

El resto seguimos al monitor por el campo de golf y fuimos tratando de meter la bola en los hoyos con diferentes palos. Pero dado que ninguno conseguíamos acercar la bola al hoyo, hacía demasiado calor y el cuello de la camiseta nos apretaba, la cosa cada vez se hacía más fastidiosa. El único que aprendía algo era el memo porque era el único que prestaba atención al monitor. Los demás observábamos sus extrañas zapatillas de pinchos, el mechón engominado que le salía de la visera, los mosquitos que nos sobrevolaban, las florecillas que crecían en el césped...

El monitor, que al principio se mostró muy sonriente con nosotros, fue poco a poco borrando cualquier expresión de simpatía de su rostro y, en el tercer hoyo, nos dimos cuenta de que nos había dado a todos por perdidos. En el cuarto hoyo, al hacer un swing que todos, excepto el monitor, calificamos

como perfecto, el memo golpeó con el palo a la Directora de Recursos Humanos y ésta tuvo que ser trasladada a una de las estancias del club para ser atendida por personal médico. El Director General se lo perdió porque llevaba desde el principio de la clase fuera del campo en lo que parecía una interminable conversación telefónica.

Minutos después de que se fuera la Directora de Recursos Humanos desaparecieron María Luisa y Manuel.

Ausente el director general y la Directora de Recursos Humanos, el monitor, que hasta aquel momento había procurado mantener las formas dejó de mantener la compostura y perdió el acento escocés. El cuarto y el quinto hoyo lo pasamos rápido y, cuando llegamos al sexto, ya solo quedaba la mitad del grupo. Claudia, Anais y Roberto habían ido al exclusivo Bar Lounge porque a Claudia le había dado un ataque de calor y necesitaba beber algo. Fabián también los había acompañado porque quería ir al baño. Teníamos la intención de reincorporarnos al grupo, pero Fabián tardó en salir del baño y Anais se había pedido un segundo mojito y no parecía en condiciones de intentar ningún swing.

Más tarde llegó Cristóbal, que es un poco agarrado con el dinero, quiso pedirse un café pero le dijimos que solo estábamos seguros de que eran gratis los cócteles y entonces cambió el café por un espresso Martini, que también lleva café.

También llegó Miranda, que tenía ganas de comer algo y que, después de mirar los precios de la carta y calcular que el plato más barato costaba lo mismo que toda una jornada suya de trabajo se decidió por un mojito, que había visto que lo acompañaban con platillo de cacahuets. Como después del primer mojito seguía teniendo hambre, se pidió dos más.

El memo llegó más tarde y solo se tomó dos copas, pero algo debió sentarle mal porque enseguida se quitó la camiseta y empezó a perseguir un mosquito por todo el salón queriéndole dar un camisetazo. Alguien propuso que apostásemos por cazador o mosquito, pero todos apostábamos por el mosquito y la apuesta no salió.

Mientras el camarero trataba de interceptar al memo que iba dejando a su paso un reguero de copas rotas, Claudia contaba chascarrillos picantes de los compañeros y Ausprungen -que en nada se parece al típico alemán- reía sin

parar. Cuando el camarero se cansó de perseguir al memo se acercó a nosotros muy enfadado y nos dijo que nos encargásemos nosotros de aquel idiota, que para eso era nuestro amigo. Mientras Mauro le explicaba a Ausprungen que en nuestro país se hacía un uso muy abusivo del término “amigo”, Cristóbal y Roberto sacaron al memo al jardín y lo dejaron apoyado sobre un macetero, atándole a este con la camiseta que llevaba en la mano para que no pudiese proseguir con la persecución.

Cuando regresaron al bar, estaba también el cenizo -quejándose de haber tenido que pasar por todos los hoyos- y Jaime, que optó por un Manhattan para dárselas de dandy. Pablo, que ya se sentía mejor que en el autobús, se aclaró la voz para cantarnos algo. Para entonces Fabián, con la firme oposición de todos, trataba de quitarse la camiseta en honor al memo. Cuando el camarero empezó a ver asomar las generosas carnes de Fabián pensó que aquello era demasiado y llamó al encargado. El encargado del club de golf, que como todos los encargados tenía mucha mano izquierda, trató de resolver la situación dialogando, pero entonces Fabián le rozó el costado con un pecho mientras Pablo entonaba una ranchera y el encargado perdió los nervios y nos expulsó sin grandes miramientos del exclusivo Lounge Bar.

Muchos de nosotros andábamos algo desorientados por la brusca expulsión y lo rápido que había sucedido todo, Fabián pidió que le dejaran entrar al baño y ante la negativa del responsable, meó entre los arbustos. Solo Jaime, que andaba algo más afectado que los demás y no veía más que hoyos por todos lados, decidió salir de los arbustos y vengarse del hoyo catorce.

Después de aquello entendimos que ya iba siendo hora de retirarnos y tratamos de encontrar el lugar donde estaba aparcado el autobús que nos llevaría de vuelta, pero el mapa que nos habían dado al entrar no era fácil de interpretar y a todos nos pareció indescifrable. El genio -que es el más listo de la empresa- lo veía todo borroso y calificó aquel plano de arte abstracto. Entonces todos volvimos a mirar el mapa y aplaudimos. Luego Miranda se emocionó y quiso abrazarnos a todos, menos a Fabián, porque tampoco estaba tan perjudicada y algo de lucidez todavía le quedaba.

Como no sabíamos dónde estaba la entrada y no entendíamos el mapa, no nos quedó otra que incursionar en el campo y preguntar a los golfistas. Íbamos tan contentos que cantábamos y bailábamos taconeando en el césped porque, en el fondo, somos gente bastante alegre -todos menos el cenizo, que se quejaba de que era el único al que no le habían puesto cacahuetes con la

bebida-.

Estábamos divirtiéndonos de lo lindo hasta que a Pablo le entraron ganas de orinar de nuevo y esta vez lo hizo en el hoyo diecisiete, un hoyo muy concurrido en aquel momento. Los vigilantes de seguridad, que nos tenían algo de manía y parecía que ya nos venían siguiendo desde lejos, agarraron a Pablo que estaba algo más tranquilo después de orinar y lo levantaron en volandas, escoltándonos a todos hasta la salida del club a base de ligeros toquecitos con sus porras de goma.

Entonces alguien se acordó del memo y dio instrucciones a los vigilantes para que pudiesen encontrarlo. Al aproximarse al macetero en el que estaba el memo, este que los vio con las gafas de espejo y los trajes de negro pensó que eran moscas buscando venganza y se lio a tortazos con ellos. Es por eso por lo que el memo salió esposado y a empujones del club de golf.

Cuando llegamos al lugar donde estaba aparcado el autobús vimos que allí estaba muy nervioso y muy serio el Director General hablando con el propietario del club y supusimos que algo grave había debido de pasar aunque no intuíamos el qué. El propietario permanecía en silencio pero tenía las cejas bajas y las aletas de la nariz hinchadas y en nada se parecía al

simpático cliente que nosotros conocíamos.

En diciembre nos llevamos una gran sorpresa al descubrir que la fotografía que nos habíamos hecho el día del club de golf no estaba incluida en el anuario de ese año y que además el club de golf ya no figuraba como cliente de nuestra empresa. El Director General nunca más volvió a mencionar el club y abandonó el golf por la esgrima. A ninguno nos extrañó lo más mínimo porque el propietario de aquel club fue, francamente, muy grosero con todos nosotros.

El amor en horario de oficina

Cuenta la leyenda que hace muchos años la responsable de administración y el responsable de cuentas, ambos casados y muy decentes, tuvieron un affaire.

María Luisa es una mujer voluminosa, tiene cincuenta y tantos y un carácter fuerte. Manuel tiene un par de años menos, es bajito, pálido y muy tranquilo. Cualquiera puede intuirlo, entre esos dos tuvieron que saltar chispas.

Las paredes de la sala de reuniones de mi empresa están decoradas con las fotos de todos los antiguos directores generales de la compañía, todos excepto uno que, al parecer, dejó la empresa para hacerse cantante. Los muebles tienen una estética años setenta poco atractiva y son de color caoba, y en el despacho del Director General hay un pequeño baño con retrete para uso privativo de este. En mi empresa es obligatorio que los hombres vayan a

trabajar con traje y corbata y, en verano, por más calor que haga están prohibidas las mangas cortas. Todo el mundo sabe que si se quiere progresar es recomendable estar casado. Por eso se casó Fernando, pero eso es otra historia. La cuestión es, como el lector o lectora habrá podido comprobar, que mi empresa no se caracteriza precisamente por ser moderna.

Dicen las malas lenguas -que en mi oficina son muchas- que fue la propia Directora de Recursos Humanos la que los pilló in fraganti. Algunos compañeros afirman que fueron descubiertos en el cuarto de limpieza, entre cubos de fregar y olor a lejía. Otros comentan que no, que fueron descubiertos en el archivo, que ambos yacían entre cajas de cartón y que a Manuel apenas se le veía una oreja entre los muslos de María Luisa. Los compañeros más morbosos sostienen con rotundidad que los hechos acaecieron en la mismísima Sala de Consejo, encima de la mesa ovalada color caoba y bajo la mirada impertérrita de los antiguos presidentes de la compañía.

De lo que no hay duda es de que fue la Directora de Recursos Humanos quien los descubrió y de que, una vez recuperado el aliento, convocó a ambos a una reunión en su despacho.

La directora ha vivido siempre con su madre, tiene un hermano con el que apenas se habla y lleva faldas de tweed muy por debajo de la rodilla. Entró en la empresa con diecisiete años y ahora tiene sesenta y dos. Se queja siempre de que con el antiguo Director General -un ser odiado por todo el que lo conoció-, las normas se cumplían y la gente no hacía lo que le daba la gana. Cuando recuerda aquellos años se le empañan los ojos y se suena la nariz.

El responsable de cuentas se llama Manuel, en su juventud fue un estudiante de matemáticas bastante brillante. Aunque de joven quiso dedicarse a la investigación científica, fue un tío suyo, que siempre se jactaba de haber llegado por méritos propios a director de una sucursal bancaria, quien le consiguió una entrevista en nuestra empresa y lo convenció de que sería un pobre hombre si se dedicaba a la investigación científica. Porque en España, todo el mundo lo sabe, con el sueldo de un investigador no te da ni para el café del desayuno. Como Manuel era un hombre que valía, no tardó mucho en ser nombrado Director Financiero de la empresa. De esto hacía ya casi cuarenta años.

Cuando llega por las mañanas, Manuel nos saluda cortésmente a todos, luego

entra en su despacho y raramente sale de allí hasta la hora de comer. Desde hace ya muchos años, Manuel tiene una actitud indiferente hacia los avatares de la empresa y hacia el mundo en general. Delega casi todas sus funciones en los trabajadores que tiene a su cargo y no sabemos a qué dedica el tiempo que pasa en el despacho. Aunque Manuel hace más bien poco en la oficina, tiene un trato condescendiente y amable con los empleados y no cae mal.

María Luisa se queja todo el rato de que tiene mucha faena pero nunca quiere delegar ninguna de sus tareas. Se toma muy en serio su trabajo y no quiere dejar de ser imprescindible para la empresa. En su casa María Luisa es un cero a la izquierda; su hijo no quiere estudiar ni trabajar y ella ha intentado matricularlo en un curso de formación profesional que el muchacho, al que no le falta inteligencia, ha preferido rechazar para pasarse las tardes jugando al ordenador. El marido de María Luisa pasa de todo en general y solo piensa en jubilarse para volver al pequeño pueblo de Badajoz en el que se crio.

Muchos días María Luisa se queda trabajando hasta muy tarde y esto crispa los nervios de Cecilia -la mujer de la limpieza-. El horario de trabajo de Cecilia es de dos a nueve, pero ella, que tiene ya mucha vida vivida, suele escaparse casi siempre antes de las ocho. Cecilia vive en un municipio

cercano donde las casas son más baratas que en la ciudad, coge tren y autobús para venir a trabajar y tarda casi hora y media en llegar a la oficina. Generalmente, coge el autobús de las ocho y cuarto para volver a casa, menos cuando María Luisa se queda hasta tarde en la oficina. María Luisa es el ojito derecho de la Directora de Recursos Humanos y eso Cecilia lo sabe.

María Luisa cae bastante mal a los compañeros porque siempre nos contesta mal y nunca tiene tiempo para nadie. A veces María Luisa se da cuenta de que no cae bien y trata de congraciarse con alguno de nosotros preguntándonos por las vacaciones, los hijos o hablando de algún programa que emiten en televisión, pero estos arrebatos son breves y poco frecuentes y, en cuanto pasan, vuelve a ser igual de desagradable con nosotros.

En la reunión a puerta cerrada -si se deja entreabierta se oye todo- que mantuvieron María Luisa y Manuel con la Directora de Recursos Humanos, el asunto quedó muy claro: la empresa o su romance. Los amantes agacharon la cabeza y claudicaron. Como dos colegiales avergonzados, juraron que lo suyo se había acabado para siempre. La directora quedó satisfecha con la capitulación y, una vez humillados, se mostró benevolente con ellos.

Desde el día de la reunión con la directora, María Luisa y Manuel ya no salen a comer juntos los días de trabajo. Pero Manuel ha empezado a quedarse a trabajar muchos días hasta bien entrada la tarde. A veces se acerca a María Luisa para preguntarle por algún asunto poco importante de trabajo. En estos casos, María Luisa se estira la camisa y se ajusta el escote. Él se sitúa a su lado y ambos miran algún papel que María Luisa tiene en la mesa. La directora los observa desde su despacho con una mirada extraña.

El hippy jamaicano

A principios de junio entró un tipo muy raro en la oficina. El tipo vestía con pantalones vaqueros negros, camisa negra y gafas de sol oscuras; era alto, de tez muy pálida y tenía el pelo rubio. Se movía con pasos grandes y de forma algo descoordinada.

Cuando entró en la oficina fue directamente a la mesa de la secretaria de dirección, le dijo alguna cosa en voz muy baja y, casi al instante, vimos al Director General salir de su despacho de una manera un tanto misteriosa.

Desde el principio nos pareció que ni aquel tipo daba el perfil de cliente de la empresa, ni era habitual en el Director General tanto sigilo. Era junio, todos pensábamos en las vacaciones -menos María Luisa- y estábamos más bien

aburridos del trabajo, así que prestamos mucha atención a aquel hombre. Eugenia, la secretaria del director, parecía también haberse contagiado de misterio y, en voz muy bajita para que nadie la oyese, le dijo a Claudia -la más cotilla de la oficina- que el tipo de negro era un hacker, un tipo de esos que husmean en los ordenadores.

Como hacker para muchos es sinónimo de delincuente, Eugenia tuvo que aclarar que el tipo de negro era un hacker ético, de los que hacen el bien y ayudan a las empresas y a los bancos a ganar más dinero. Aunque en un principio el hacker había sido contratado para hacer una auditoría sobre la seguridad de nuestros sistemas informáticos, pronto se complicó el asunto.

La visita del hacker, hay que reconocerlo, nos puso a todos un poco nerviosos. Quien más quien menos, escondía algo en su ordenador que no podía ver la luz en la oficina. Desde las novelas eróticas con las que Claudia pasaba los ratos muertos, a las fotos sin camiseta que Manuel compartía con María Luisa. Durante algunos días todos nos dedicamos con ahínco a eliminar material comprometido de nuestros equipos informáticos. Fabián logró liberar casi dos gigabytes borrando fotografías de gatitos y Miranda casi tres eliminando videos de gurús de la meditación que enseñaban el

camino a la felicidad suprema.

Mientras el hacker hacía su trabajo y buscaba las cosquillas al sistema informático, ocurrió algo inesperado. Un enemigo del hacker nos hackeó. El enemigo era un hippy jamaicano que vivía en la playa, lo sabíamos porque uno de los virus con los que nos infectó llevaba adjunta una foto en la que se podía ver al hippy saludando desde una hamaca junto al mar y debajo ponía “saludos desde Jamaica, panolis”.

El responsable del departamento de finanzas y sistemas era bueno en matemáticas pero de hippies jamaicanos sabía poco. Además, todo hay que decirlo, Manuel había perdido hace tiempo todo interés por los avatares de la empresa y únicamente despertaba de su letargo cuando María Luisa se ajustaba el escote.

Al Director General, sin embargo, el tema le preocupaba enormemente; las vulnerabilidades que pudiese tener el sistema informático podía ser una cuestión abstracta, pero el que alguien pudiese acceder a algunos documentos de su ordenador lo aterraba.

La empresa de hackers en la que trabajaba el tipo de negro había sido creada hacía seis años por tres compañeros de facultad bastante listos y sin muchos amigos que llevaban años practicando el cotilleo informático desde los ordenadores de sus habitaciones de adolescentes.

El hacker solía aparecer a primera hora de la mañana con una mochila negra y se metía en alguna de las salas acristaladas que utilizábamos para las reuniones, allí se le podía ver comiendo tortitas de arroz sin despegar los ojos de un portátil decorado con pegatinas de banderas piratas y superhéroes de Marvel.

Al coincidir con él en el ascensor o por los pasillos, el hacker nunca pronunciaba palabra alguna y se limitaba a mirarnos misteriosamente. Aunque ninguno sabíamos muy bien lo que hacía, el tipo de negro nos despertaba una enorme curiosidad y nos provocaba la sensación de que éramos culpables de algo.

A principios de julio el hippy jamaicano lanzó una ofensiva contra nuestro sistema informático, bloqueó los procesos de copias automáticas y secuestró algunos archivos del Director General pidiendo un rescate por su devolución.

El tipo de negro nos informó con cara de circunstancias de que estábamos en alerta roja, algo que no impresionó mucho a ninguno de nosotros. No sería hasta más tarde, al recibir en el email una foto del hippy jamaicano enseñándonos el culo más peludo que habíamos visto en nuestras vidas, cuando verdaderamente nos dimos cuenta de la gravedad del asunto.

Al día siguiente del envío de la foto el hacker se trajo dos bocadillos y tres latas de kas naranja y pidió que nadie lo molestara. Entre mordisco y mordisco a una tortita de arroz, pudimos oírle murmurar que el duelo había comenzado.

Esa misma tarde, el de Jamaica envió un email infectado con el asunto “¿Cómo es la Luna? Responda y gane una fortuna.” Enseguida recibimos otro email del tipo de negro advirtiéndonos de no abrir ningún email con el asunto “¿Cómo es la Luna? Responda y gane una fortuna”, pero ya era tarde porque el memo había abierto el correo, había respondido “plana” y pinchado en el enlace para recibir el premio. El tipo de negro arrugó el entrecejo y notamos cómo se le hinchaban ligeramente las aletas de la nariz.

Más tarde, nos pidió a todos que cambiásemos la contraseña del sistema, ya

que la mayoría teníamos el “1234” y no le debía parecer del todo segura. También nos pidió que solo abriésemos los correos de fuentes de confianza, pero eso nos lo explicó mal y muchos caímos en la trapa cuando nos llegó un correo del Gobierno de los Estados Unidos de América invitándonos a visitar Florida. Al pinchar en el enlace para aceptar la invitación al viaje -en vuelo ejecutivo y hotel de cinco estrellas- se propagó un virus que secuestró todas las carpetas de una de las unidades de nuestros sistemas y nos quitó a muchos las ganas de ver Florida. No fue el caso de María Luisa, que no del todo convencida, se puso en contacto con la embajada de los Estados Unidos de América y pidió hablar con el responsable del proyecto Florida. Desde aquel día -en el que no consiguió que la pasasen con ningún responsable- su teléfono móvil funciona raro.

La cosa es que el hippy de Jamaica parecía trabajar sin descanso y ya teníamos un montón de carpetas secuestradas. El tipo de negro cada vez fruncía más el entrecejo y cuando nos lo cruzábamos en el pasillo ya no veíamos misterio en su mirada sino odio. Una vez vino uno de sus socios, que vestía también de negro y debía medir la mitad que su compañero. Hablaban en voz muy baja pero Eugenia llegó a escuchar las palabras de malguarre, y piching. Aquello nos sonó muy raro a todos y las malas lenguas -que en mi oficina abundan- propagaron el rumor de que aquellos dos tipos tan serios

tenían un romance.

Un día nos enteramos por Eugenia de que el hippy jamaicano había pedido un rescate de diez mil euros, seguramente para poder seguir dándole a la caipirinha desde su hamaca en la playa. El Director General se negó tajantemente a negociar, hasta el momento en que descubrió que una de las carpetas secuestradas provenía de su ordenador y tenía relación con su último viaje de negocios a las Islas Fiyi. El tipo de negro, que podía ser raro pero era honesto, le comunicó al Director General que negociar con secuestradores iba en contra del código deontológico de su profesión. No obstante, todos supimos que la empresa había soltado pasta cuando el hippy de Jamaica nos felicitó el año nuevo desde la cubierta de un yate.

Con el tiempo nos fuimos dando cuenta de que, además de no tener ni un pelo de tonto, el hippy jamaicano iba poniendo de manifiesto una ambición que superaba nuestras peores expectativas y así, a pesar de la pasta que habíamos soltado, siguió accediendo a nuestros sistemas informáticos y pidiendo más pasta.

Luego, allá por marzo, dejamos súbitamente de tener noticias del hippy. Y ya

en abril, cuando no felicitó a Manuel por su cumpleaños con el feo gesto de manos con el que solía felicitarnos los cumpleaños, notamos que algo grave debía haber pasado. Meses después otro hacker informó al tipo de negro de que el hippy de Jamaica había fallecido al tropezare con una botella de caipirinha y caerse del yate en el que viajaba. El ser humano es extraño y, aunque pueda parecer un poco raro, todos lo echamos un poco de menos.

Al hacker ético ya no volvimos a verlo más por la oficina, sabemos eso sí que, aunque no había logrado protegernos contra el hippy ni evitar las vulnerabilidades de nuestro sistema informático, la empresa le había pagado cada uno de los euros señalados en el contrato porque, como dijo el Director General, era mejor no tener problemas con aquel gremio.

El marido de Miranda

Sucedió después de las vacaciones de navidad. Primero se enteró Claudia - que es la más cotilla de la oficina y siempre se entera la primera de todo-. Luego la noticia se propagó rápidamente por toda la empresa: el marido de Miranda se había marchado de casa.

Más tarde nos enteramos de que, en realidad, su matrimonio llevaba tiempo haciendo aguas y que la leve discusión que habían tenido el fin de semana había acabado con la paciencia de los dos. Por eso, el domingo a las diez de la mañana, el marido de Miranda hizo las maletas y se fue de casa.

Generalmente en mi oficina no hablamos mal de las parejas de nadie puesto que solemos tener suficiente con los compañeros, pero aquella temporada

estaba siendo diferente. En la oficina había poco trabajo y llevábamos varios días repitiendo los mismos cotilleos malintencionados hacia otros compañeros de siempre; la cosa se había vuelto tan monótona que algunos habían empezado a criticar a sus amigos para salir de la rutina. Así que la noticia de lo del marido de Miranda nos salvó de la auto-antropofagia, o acabar devorándonos a nosotros mismos.

Miranda confesó a Claudia que su marido era un tipo soso y acomplejado y, más tarde, cuando Miranda se enteró de que, además de irse de casa con dos maletas llenas también se había llevado las llaves de su coche, amplió información a Claudia y le dijo que, aunque las manos y los pies de su marido eran bastante grandes “no iba todo a juego”.

Nosotros conocíamos poco -algunos nada- al marido de Miranda. Pablo -un compañero al que siempre le duele todo- había coincidió una vez con él en la consulta del oftalmólogo, Anais lo había visto dos veces en la tienda gourmet de quesos de su barrio y los demás lo habíamos divisado desde la ventana cuando alguna vez había venido a recoger a Miranda a la oficina.

Hasta el día que nos enteramos del asunto, ninguno habíamos manifestado el

más mínimo interés aquel el hombre. Pero ahora era diferente, todos hacíamos esfuerzos por recordar lo que fuera. Como aquel día que llovía mucho y Miranda llegó empapada a la oficina porque su marido se había llevado por equivocación -ahora pensábamos que con mala leche- el paraguas de Miranda. O cuando al enterarnos de la excedencia que se había pedido para cuidar a su padre a todos nos pareció fabuloso y ahora nos parecía algo propio de un vago.

Fernando dejo caer que, además de vago redomado, aquel hombre debía ser también estúpido porque, según nos dijo Claudia -que siempre se entera de todo-, nunca había sido capaz de hacer bien la declaración de la renta. Ahí no tuvimos más remedio que callarnos muchos que también éramos bastante inútiles en la materia y la conversación decayó un poco. Hasta que Claudia señaló que además de vago y estúpido era un agarrado, y ahí sí, pudimos participar un poco todos en la crítica.

Miranda que estaba llena de enojo, asentía en silencio a todos nuestros comentarios. Los descalificativos fueron in crescendo y alguien incluso llegó a sostener que mejor le iría al mundo si dejasen de existir hombres como el marido de Miranda.

Cecilia -la mujer encargada de la limpieza- que no se enteró de la noticia hasta las dos, que es cuando entraba a trabajar-, quiso ponerse enseguida a la altura y afirmó apresuradamente haberlo visto abrazado a otra mujer en la parada del autobús. Todos nos quedamos gratamente sorprendidos con este nuevo dato que habría el horizonte a nuevos comentarios maliciosos pero, no sin cierta resignación, luego nos dimos cuenta de que Cecilia confundía al marido de Miranda -al que no había visto nunca- con el de otra de las compañeras de la oficina. Y ya Cecilia no volvió a mencionar el asunto.

La cosa es que el marido de Miranda no solo dio qué hablar en nuestra oficina, sino que se hicieron también eco del asunto algunos de los clientes y proveedores de nuestra compañía. Ricardo, el del servicio de paquetería que tenía contratada la empresa, fue uno de los que más se ensañó con el marido de Miranda. Ricardo, que desde hace años repartía paquetes y material de oficina -bajo la siempre atenta observación de Margarita-, se llevaba fatal con su esposa, con la que se había casado hacía muchos años en una ceremonia muy formal y muy cristiana, y de la que no se podía divorciar por el que dirán. Ricardo, que reprimía por el que dirán todo lo que pensaba de su mujer, encontró en la crítica al marido de Miranda una forma políticamente más correcta de canalizar su frustración. Le dijo a Miranda que su marido era

claramente imbécil y que no podía continuar con un matrimonio solo por guardar las formas y el qué dirán. Luego, casi susurrando, le dijo que no podía entender cómo había tenido hijos con semejante elemento, pero que esas cosas pasaban hasta en las mejores familias.

Algunas semanas después de que Miranda comunicase a Claudia que su marido se había ido de casa, y en un momento en el que tenía entretenida a toda la oficina, Miranda arregló las cosas con su marido y este volvió a casa.

Y, aunque nunca entendimos muy bien por qué, Miranda no nos volvió a dirigir la palabra en meses a ninguno. A la gente le muestras apoyo en los momentos malos y luego te das cuenta de que es muy desagradecida, como Miranda.

Margarita la ladrona

Todos nos habíamos llevado alguna vez algo de la oficina; quien más quien menos tenía bolígrafos con el logotipo de la empresa, rotuladores, carpetas o paquetes de folios. A Julio incluso lo pescaron las navidades pasadas con dos cartuchos de color de la impresora nuevecitos. Los guardó en uno de los bolsillos de su abrigo, con tan mala suerte que, al ir a sacar el abrigo del armario para marcharse a casa, el abrigo cayó al suelo y uno de los cartuchos se rompió dando ciertas notas de color rojo al tejido. Con cara de circunstancias, Julio trató de dar al fenómeno la mayor naturalidad -había querido llevarse el cartucho para trabajar esas navidades en casa-. Pero en ese momento todos entendimos por qué las navidades pasadas el anuario había tenido que imprimirse en blanco y negro.

Pero todas estas fechorías no eran nada comparable a los hurtos que cometía Margarita. Porque lo de Margarita -la de administración- era demasiado. Una

mañana que dejó el bolso medio abierto en la mesa de trabajo, Claudia -la más cotilla de la oficina- se dio cuenta de que el brazo metálico que sobresalía del bolso no correspondía a ningún artilugio extraño sino a una de las grapadoras de la empresa. Otra tarde se le cayeron del bolsillo del abrigo una calculadora y tres cajitas transparentes de chinchetas de colores.

El mes pasado llegó un pedido con material de aseo a la oficina: decenas de rollos de papel higiénico, cinco envases de jabón líquido y dos escobillas - azul para el baño de chicos, rosa para el baño de chicas-. A última hora de la tarde de ese día, Margarita muy nerviosa se dirigió hacia el cuarto de limpieza balbuceando algo ininteligible para el nosotros. Entre tos y tos, Margarita debió llenar un par de bolsas de basura con rollos de papel higiénico y jabón de baño que escondió detrás de la fotocopidora. Ese día salió tarde de la oficina, más que María Luisa -que es el ojito derecho de la Directora de Recursos Humanos- y Cecilia pudo verla de lejos arrastrando dos bolsas de basura llenas.

Una semana después el Director General se quedó sin papel higiénico en el baño de su despacho. Cuando quiso darse cuenta estaba ya con el pantalón bajado y en plena faena. Sopesó unos instantes las opciones que tenía para

salir de tan comprometida situación y, finalmente, pensando era la hora de comer y poca gente quedaría en la oficina y dado que la puerta de su despacho estaba cerrada, decidió arriesgarse y salir con el pantalón a medio bajar para coger unos pañuelos de papel del cajón de su mesa. La mala suerte hizo que en ese momento se abriese la puerta del despacho y apareciese María Luisa con cierta prisa para que Director General le firmase unos presupuestos. La firma de los presupuestos pasó a un segundo plano cuando María Luisa se encontró al hombre con el pantalón bajado y medio agachado corriendo por el despacho.

Esa tarde el director salió sin ser visto de la oficina y no lo volvimos a ver por allí hasta la semana siguiente porque, según le dijo a Eugenia, había sido convocado de manera inesperada a varias reuniones importantes.

Aunque en mi oficina a menudo nos hacemos los tontos -sobre todo cuando la directora del departamento pide voluntarios para alguna tarea nueva-, ninguno lo somos en realidad -salvo el memo-, y todos dedujimos enseguida que la responsable del robo de papel higiénico, dos botes de jabón y la escobilla rosa, había sido Margarita. Pero Margarita no confesó y poco se pudo hacer.

El lector entenderá ahora porqué ninguno dejamos nuestros bolsos o mochilas cerca de Margarita y porqué la Directora de Recursos Humanos se asegura todos los días de que Margarita salga de la oficina antes que ella.

Margarita tiene 63 años, es alta y obesa, y farfulla continuamente palabras que ninguno entendemos. Margarita es de buena familia. Su padre fue el director ejecutivo de una multinacional, un tipo alto como Margarita y adicto al trabajo. Su madre tenía título nobiliario y era poco dada a mezclarse con el vulgo. Margarita es hija única. Nunca ha salido de la casa donde fue criada por sus padres y dos niñeras. Cuando, hace años, fallecieron sus vástagos, se fue a vivir con ella una tía muy mayor que, según parece, dejó toda su herencia a Margarita.

Margarita no ha viajado nunca al extranjero, ni estudiado una carrera, ni tampoco ha tenido nunca novio. Los días que hace bueno en vacaciones se sube a un autobús que sale de la puerta de su casa con otra vecina y pasa las mañanas en la playa. Después vuelven a casa y pone la televisión.

En la oficina Margarita hace más bien poco, y lo poco que hace lo hace

siempre mal, así que todos preferimos que no haga nada. Si bien el bajo rendimiento no es atributo exclusivo de Margarita, el caso de esta supera a cualquier otro en la oficina. Margarita entró en la empresa porque el antiguo Director General -un ser odiado por todo el que lo conoció- quiso granjearse el favor de su padre. A día de hoy, lo saben bien en Recursos Humanos, sale más barato esperar a la jubilación de Margarita que despedirla.

Lo primero que hace Margarita al llegar a la oficina es echar un ojo a sus cuentas bancarias. Resulta sorprendente ver cómo una persona que es casi incapaz de desarrollar cualquier tarea laboral con eficacia, se mueva con esa agilidad por la página web del banco. Margarita puede pasarse horas comprobando tickets y facturas de compra. Una vez compró un secador a mitad de precio y al comprobar el pago se dio cuenta que no le habían hecho el descuento anunciado, ese día estuvo cabreada todo el día e incluso, las malas lenguas dicen, dio dos patadas a la papelera. Hay que andarse con cuidado con Margarita.

A media mañana los compañeros salimos a tomar café en alguno de los bares de la zona. Margarita no baja nunca con nosotros, excepto una vez que invitaba Fernando para celebrar que se casaba, y ahí sí, el café se lo pidió

doble.

Margarita pide comida preparada todos los días para llevar a casa. No le gustan los chinos -ni los indios, ni los árabes, ni los rusos- pero la comida la pedía en un restaurante chino que hacía esquina en su barrio y con los que tenía negociado un precio semanal especial para el medio menú. Cuando pensamos que Margarita es una completa inútil para todo tipo de tareas en general, nos sorprende con cosas como estas.

Además de revisar obsesivamente sus movimientos bancarios por internet, Margarita también mira residencias porque quiere ser previsora con su futuro. Compara precios y servicios, y todavía no está segura por la residencia por la que se va a decantar.

A pesar de llevar ya casi cuarenta años trabajando en la empresa, Margarita no siente especial interés por nada ni por nadie. Hace un par de semanas, mientras iba para casa con el medio menú del chino, Margarita tropezó con una maceta de geranios que había caído de uno de los balcones de su calle y se rompió la cadera. Lleva casi dos meses de baja. Todos nos hemos sentido un poco aliviados de no tenerla por la oficina porque ahora podemos dejar las

grapadoras encima de la mesa y los bolsos fuera de los armarios.

El viejo

Acaba de cumplir treinta y cinco años, y es la persona más vieja que he conocido. Tiene atada una almohada al respaldo de la silla ergonómica de la oficina porque dice que le duele todo, también tiene un reposapiés modulable que se ha comprado él mismo después de infructuosas peticiones a la empresa y unas gafas especiales para evitar los reflejos de luz de la pantalla del ordenador. Visita casi todas las semanas al médico y en el primer cajón de su mesa de trabajo tiene antibióticos, analgésicos, antigripales y antidiarreicos (en este orden).

Pablo se mueve despacio y en los meses de invierno lleva un abrigo marrón oscuro de paño que no sabemos de qué tatarabuelo ha podido heredar. Cuando entró en la empresa tenía veintitrés años, estaba terminando la carrera de Económicas y acababa de conocer a la que años después sería su esposa. Pablo trabaja en el departamento de consultoría y sus compañeros coinciden

al señalar que en lo suyo -la revisión y cruce de cifras en tablas complicadísimas de Excel- es uno de los mejores. Además de sus buenas aptitudes es educado y nunca pone reparos a ninguna petición que le haga su jefa.

Desde hace años Pablo falta casi todas las semanas varias horas de la oficina para acudir al médico. Hace tres semanas tuvo cita con el oftalmólogo por lo que él imaginaba que sería un tumor en el ojo y que resultó ser la picazón de un mosquito; hace dos semanas acudió al dermatólogo alarmado por la aparición de unas manchitas amarillo rojizo, que resultaron ser vulgares pecas. La semana pasada le dolía la rodilla, ayer la cabeza y hoy tiene revuelto el estómago y piensa que puede tener anisakiasis por unos boquerones que se comió ayer para cenar.

A pesar de sus frecuentes ausencias, Pablo hace bien su trabajo y cumple con los plazos de entrega de proyectos. Los primeros dos años en la empresa estuvo contratado como becario y se dejó la piel en la oficina -quedándose algunos días más tarde incluso que María Luisa-. Nunca se quejaba del reparto desigual de tareas en su departamento ni de la frecuente anulación de vacaciones que sufría cuando algunos de sus compañeros metían la pata en

algún proyecto. La directora de su departamento estaba tan satisfecha con él que después de esos dos años lo premiaron con un contrato indefinido y le ofrecieron un sueldo de mil euros al mes que ahora, diez años después, había aumentado hasta los mil trescientos.

Dado que trabajábamos en departamentos distintos, nunca tuvimos mucho trato. Solo una vez se acercó con solemnidad a mi mesa de trabajo para pedirme información sobre alojamientos en Albacete. Quería hacer un viaje de tres días con su novia en agosto y habían pensado en Albacete. Llevaba desde enero planeando el viaje. Se sabía de memoria los horarios de trenes, los de autobuses y los restaurantes en los que se comía barato. Como el asunto de los hoteles no lo tenía claro y alguien le había dicho que yo tenía familia allí, recurrió a mí. Mis recomendaciones poco concisas y sin detalladas argumentaciones le sirvieron de poco. Pero yo, de aquella breve visita saqué en claro que no querría verme en la piel de tener que trabajar en algún proyecto con aquel hombre.

Pablo era hijo único, las malas lenguas -que en mi oficina abundan- decían que lo habían criado sus abuelos porque sus padres no estaban en condiciones de ocuparse de él. De pequeño fue un niño algo introvertido y bastante bueno

en los estudios. Escogió Económicas porque le gustaba trabajar con números y porque pensó que tendría más salidas que una carrera de ciencias puras. En su último año en la universidad conoció a su esposa, de la que en la empresa sabíamos que trabajaba en una entidad financiera. Se casaron el año pasado y estaban intentando tener un hijo. Las malas lenguas de mi empresa decían que era casi imposible que una persona tan vieja engendrara algo.

Durante mucho tiempo, dadas las buenas aptitudes de Pablo y su docilidad, la directora de su departamento le asignó las tareas más complicadas, que este resolvía con éxito y sin queja. Con frecuencia, se llevaba trabajo a casa los fines de semana y durante años fue el segundo en llegar por las mañanas a la oficina -después de María Luisa-.

Todo iba más o menos bien hasta que, hace aproximadamente cuatro años, Pablo empezó a encontrarse peor de todo. Andaba siempre preocupado y las pocas veces que intervenía en alguna conversación era para hablarnos de sus problemas de salud (asma, alergias, problemas gástricos, manchas en la piel...) Al principio, su jefa se mostró amable y paciente y deseó -sobre todo por el bien del rendimiento del departamento-, que Pablo se pusiese mejor. Pero con el tiempo la cosa no solo no mejoró sino que fue a peor. Algunos

días, Pablo se pasaba más tiempo buscando obsesivamente información en internet sobre sus posibles enfermedades que trabajando. Sus constantes visitas al médico le impedían entregar las cosas a tiempo y empezó a perder interés por cualquier tipo de cuestión ajena a su salud.

Pero no fue hasta este mes de mayo cuando la cosa empezó a resultar verdaderamente preocupante. La primera señal pasó casi inadvertida y se produjo en una reunión que la directora de su departamento convocó para hablarles a todos de cierto proyecto nuevo. Hacia el final de la reunión y de manera totalmente inesperada, Pablo tomó la palabra y con cierto enojo afirmó estar siendo víctima de robos de material. Alguien -dijo mirándonos a todos con gran desconfianza-, llevaba tiempo llevándose sus cuadernos de notas y, como todos sabíamos, Margarita llevaba meses de baja. El comentario dio pie a dos o tres conversaciones de desayuno pero luego cayó en el olvido. No obstante, las semanas siguientes notamos que Pablo nos observaba con suspicacia y vigilaba todos nuestros pasos. Guardaba con recelo sus cuadernos de notas, los bolígrafos, los post-it y hasta los clips. Antes de marcharse los colocaba ordenadamente y con cuidado el cajón superior de su mesa, que después cerraba con un candado que había traído de casa. Se volvió más y más introvertido y cavilaba sin descanso. También evitaba comentar los pormenores de su trabajo con sus compañeros, a los que

empezó a tratar con desprecio. Una vez su esposa llamó a la Directora de Recursos Humanos enfadada por los robos de los que estaba siendo víctima su marido y entendimos que el problema se había extendido fuera de las fronteras de la oficina. Afirmaba que los compañeros le teníamos envidia por su destreza con las tablas de Excel.

Más tarde pasó una semana en casa por gastroenteritis y, al volver al trabajo, se mosqueó con los compañeros porque ninguno le había escrito ningún whatsapp para preocuparse por él. Eso hizo que volviese a la oficina aún más resentido y enojado con todos, calificándonos de gente sin alma y tontos perdidos -algo en lo que no le faltaba razón del todo-.

Finalmente, un día, cuando desayunaba solo en una cafetería de la zona mientras miraba suspicazmente hacia todos los lados, se dio cuenta de que el café parecía tener un sabor diferente a otros días y acusó a los camareros de tratar de envenenarlo. Los camareros avisaron a la policía y Pablo acabó siendo trasladado en ambulancia a un hospital psiquiátrico.

De verdad que a todos nos dio mucha pena lo que pasó con Pablo, pero lo que más nos fastidió fue tener que volver a encargarnos en la oficina de tareas que

ya hace tiempo teníamos olvidadas.

El cenizo

El día que entré por primera vez a la oficina me dijo que allí todo iba mal y que la vida, en general, era una mierda. Dado que yo no pensaba muy diferente, el tipo no me cayó del todo mal entonces.

No era muy eficiente en sus tareas pero se quedaba todos los días a trabajar hasta tarde, cosa que no dejaba de recordarnos a todos. Se quejaba de todo, del color de las sillas, de la plaga de gatos en la ciudad, del precio del menú de los restaurantes de la zona, del aire acondicionado en verano, de los horarios del metro, de la calefacción en invierno... Con el tiempo nos dimos cuenta de que nos jodía la moral a todos. Si cuando se quejaba de algo le proponíamos cambiarlo, nos decía que no merecía la pena, que todo era una mierda: la oficina, la ciudad, el país, el planeta. Si algún compañero trataba de ayudarlo en alguna tarea, él rechazaba desconfiadamente la ayuda. Con el

tiempo nos fuimos cansando de él y tratábamos de evitarlo siempre en el desayuno.

Al cenizo lo había dejado la novia hace un par de años y hablaba mal de ella, de su familia y de los amigos de ella. Desde que lo dejaron vivía solo en un piso que había comprado a medias con sus padres, a los que culpaba de haber acabado en aquella oficina. Tenía un coche que se le había estropeado tres veces en un año -según él, por el mal trabajo del mecánico-, y echaba pestes de los fabricantes de esa casa.

El año pasado se fue un mes a Japón con sus padres y dos hermanas. A la vuelta nadie le preguntó nada porque se incorporó al trabajo la víspera de Nochebuena y ninguno queríamos que nos amargase las Navidades. Así que cuando hizo un amago para contar el problema que había tenido con la aerolínea, alguien le cortó con rapidez y sin delicadeza.

A principios de junio, y después de muchas quejas para que entrase en la empresa alguien que lo ayudase en su trabajo, -nosotros hace tiempo que ya ni lo intentábamos- llegó Rufo. Aquí -le dijo a Rufo- te joden la vida. Rufo le contestó que a él le habían subido el alquiler y que, además, tenía colesterol -

del malo- en sangre. Él le dijo que le había llegado una nueva factura por la reparación del coche y que, además, le habían detectado azúcar en sangre. A esto Rufo contestó que a él se le había caído el móvil esa misma mañana con la mala suerte de ir a parar al tazón del desayuno; además, tenía una tendinitis en la ingle. El cenizo contraatacó informando de que la semana pasada había sufrido un hurto en el gimnasio y Rufo señaló que a él lo habían entrado a robar en casa. Y así siguieron durante horas, sin interesarse por nada de lo que pudiera decir el otro...

El disgusto del jefe

El jefe vive en un chalé de lujo en una de las zonas más caras de la ciudad, tiene cocinero y jardinero. Viene a trabajar en un descapotable que las malas lenguas -que en mi oficina son muchas- calculan que equivale al sueldo de todo mi departamento durante un año. Por las mañanas aparca en la plaza de garaje que le reserva la empresa en el edificio y desayuna en una cafetería de cuatro-euros-veinte-el-café.

Mi jefe es un tipo simpático que siempre llega contento a la oficina. Normalmente no entra como nosotros a las ocho sino que suele llegar sobre las diez. Miranda dice que tenemos mucho que aprender de él y cambiar el mal humor que traemos nosotros, que suele ser proporcional al tiempo que pasamos en el metro por las mañanas; y es que, el metro en hora punta es un campo de batalla lleno de malos olores en el que se aprende a odiar al género

humano.

El Director General nunca maldice su vida, viste con elegancia e incluso, en ocasiones, se atreve con algún detalle extravagante que da un toque moderno a su atuendo impecable. Además de gusto, el jefe tiene planta. Es algo bajito, pero tiene un cuerpo atlético que cuida con esmero. Antes de entrar a la oficina pasa un par de horas en el gimnasio, también es socio de un exclusivo club de pádel y, muchas tardes, deja la oficina antes de tiempo para jugar algún partido de golf. A sus cincuenta y pocos años el jefe es un tipo con una forma física envidiable.

De entre sus muchas cualidades físicas, la que más enorgullece al Director General es su melena. Y es que, el jefe tiene una melena ondulada y abundante color castaño que desciende varios centímetros junto al rostro, sin llegar a tocar los hombros. El jefe sabe que su melena es la envidia de todo el sector y la luce con orgullo retirándose con elegancia los mechones que, al inclinar la cabeza, le caen sobre los ojos. El ritual se intensifica en las reuniones de directores o los congresos del sector, en las que el Director General, rodeado de directores y otros altos ejecutivos, calvos en su mayoría y con nostalgia por sus años jóvenes en los que sus vidas eran más livianas y

honestas, lo miran de reojo y con envidia.

Dada la alegría habitual de mi jefe, nos extrañó que a la vuelta de las vacaciones de navidad, cuando esperábamos verlo moreno y radiante tras dos semanas de esquí en Andorra, llegase nervioso y con el pelo recogido en una coleta, algo sin precedentes en la empresa. Una media melena descendiendo algunos centímetros junto al rostro podía ser algo elegante y apropiado en un ejecutivo moderno, pero lo de la coleta ya iba más allá. Lejos de parecer ejecutivo elegante y con estilo, ahora parecía un tipo extravagante y algo hortera. Además, la coleta dejaba al descubierto detalles de su fisonomía hasta ahora desconocidos para la mayoría; y es que el jefe tampoco era perfecto, y tenía unas horribles orejas puntiagudas que le hacían semejante a un fauno.

Aunque hacía solo un par de días que habían despedido a uno de mis compañeros, y una avería en el ascensor había dejado dos heridos graves en el edificio, en el desayuno de aquel día y los días siguientes no hablamos de otra cosa que no fuese la coleta del director, porque este, para sorpresa de todos, siguió llevando la coleta el resto de la semana.

El viernes por fin supimos algo. Claudia -la más cotilla de la oficina- nos puso al tanto de la situación. Lo llamaban alopecia areata y consistía en la pérdida de pelo de alguna zona determinada del cuerpo, en el caso concreto del Director General, la coronilla. El hombre lo había consultado con varios médicos y no le habían sabido determinar la causa exacta de la aparición de aquella zona pelada. Para contrarrestar la pérdida, el director se dejó crecer varios centímetros de barba que incrementaban aún más su apariencia de fauno y lo alejaban de la imagen de ejecutivo con estilo.

Los médicos le habían informado de que las causas de la alopecia areata eran desconocidas y que habría que dar tiempo al asunto y ver si con el tiempo volvía a crecer el pelo. Entonces recurrió a la homeopatía, se preparaba ungüentos con ajo y limón que se ponía tres veces al día sobre la coronilla; aunque luego se lavaba cuidadosamente la zona, todos notábamos el olor a ajo que dejaba a su paso. Aquello no funcionó y en las semanas que siguieron fue probando con la aloe vera, el vinagre o la cebolla. Las malas lenguas -que en mi oficina abundan- llegaron a decir que el jefe, desesperado, había llegado a acudir a un curandero africano calvo muy reputado. Pero nada dio resultado.

Ahora que no podía despertar las envidias de otros ejecutivos de empresas más grandes que la nuestra, mi jefe perdió la motivación por ir a las reuniones de directores y otros eventos empresariales. El estrés por la pérdida de pelo le provocó un sarpullido en el rostro que muchos confundimos con un sarampión tardío. Dejó de ir al gimnasio por las mañanas porque el sudor le provocaba picores que acrecentaban las ronchas de la cara. Y así fuimos descubriendo otras características del Director General hasta ese momento desconocidas, como su tendencia a engordar que, desde su adolescencia, había conseguido tener a raya a base de mucho ejercicio. Los trajes, aunque caros, ya no le quedaban tan bien y, como ya no quería llamar la atención de ninguna manera, dejó de añadir cualquier tipo de elemento extravagante a su atuendo. Ahora llevaba los mismos trajes grises y sin estilo que el resto de directivos del sector algo que, unido a la coleta, le hacían parecer más un matón de medio pelo -o sin pelo-, que un ejecutivo de una empresa seria como la nuestra. Aunque en mi empresa somos mucho de recrearnos con los males ajenos -más por aburrimiento que por maldad-, aquello no dejó de entristecernos a muchos que siempre alardeábamos con cierto orgullo de tener un jefe moderno y enrollado. Los que sí se regocijaron de verdad fueron los directivos de otras entidades del sector. Tanto que ahora mi jefe era invitado a algunos eventos a los que antes nunca se lo llamó. En uno de dichos eventos alguien bromeando recomendó a un director financiero que

rescatase sus fondos de las Islas Fiyi o “se le iba a caer el pelo con Hacienda”, esta broma hizo gracia a todos menos a mi jefe y al director financiero.

Dada la visible transformación física y anímica de mi jefe, los accionistas empezaron a mostrar una seria preocupación por el asunto y el director fue convocado a una reunión en Londres para tratar el tema. A mediados de abril, el director se sometió a un injerto capilar para trasladar pelo a la coronilla en una prestigiosa clínica de la ciudad. Aunque el injerto dio pronto resultados, todos observamos cómo el pelo que iba creciendo era un pelo diferente, que poco tenía que ver con el pelo sedoso y brillante del resto de su melena. Las malas lenguas dijeron enseguida que aquel pelo tenía más pinta de vello púbico que de otra cosa, pero el Director General volvió a recuperar la sonrisa.

El memo

Mala gente no era. Pero a tonto no le ganábamos ninguno, y eso que, en mi empresa, en este terreno, el listón estaba alto. Nos dimos cuenta de lo memo que era al poco tiempo de llegar a la oficina. Como no somos mala gente todos hicimos como si nada al principio y le pasamos -como siempre hacemos cuando llega alguien nuevo- algunas de nuestras tareas más tediosas. Todos excepto Blanca -que es muy bondadosa- y María Luisa -que tiene pánico a que le quiten el puesto-.

El que más tareas cuele siempre a los nuevos es Julio -un compañero que nos odia a todos-, y cuyas obligaciones laborales mermaban a la mitad cada vez que en la empresa entra alguien nuevo, hasta tal punto que ya muchos dudábamos de que le quedase alguna tarea por hacer en la oficina.

La cosa es que, al principio, todos fuimos muy amables con el memo y demostramos mucha paciencia al darle instrucciones de cómo realizar las cosas. Pero las tareas no salían, ni las que él tenía encomendadas por contrato, ni las que nosotros le habíamos encargado, y así lógicamente fuimos perdiendo la templanza con él.

La primera en calificarle de memo fue Paula, que siempre ha sido una visionaria, y ya nos advirtió la primera semana que aquel chaval era un memo integral. Ninguno pensábamos lo contrario, pero todos queríamos parecer buena gente y criticamos con dureza el comentario de Paula.

Pero eso fue al principio, con el tiempo y fastidiados por todo lo que el memo no era capaz de realizar, empezamos a decir con claridad lo que pensábamos. La cosa es que el memo nunca se dio por aludido, cuando nos enfadábamos por sus meteduras de pata guardaba silencio y nos devolvía una sonrisa, que las malas lenguas -que en mi oficina son muchas-, no dejaban de calificar como sonrisa de bobalicón. La mayoría de nosotros, no obstante, vivíamos entre el sentimiento de culpa que nos causaba ver sonreír a alguien a quien nos dirigíamos enojados y lo fastidiados que nos sentíamos ante sus constantes meteduras de pata.

Se dio el caso de que, por primera vez en la historia de la empresa, las tareas que habíamos ido colando extraoficialmente al memo tuvimos que ir las recuperando, puesto que no solo no cumplía con las mismas, sino que además estropeaba siempre las cosas. Incluso Julio, muy reticente a recibir nuevamente tareas que ya había endosado, tuvo que resignarse no sólo a volver a realizarlas sino también a reparar todos los desmanes que en había causado el memo.

La cosa es que con el tiempo fue el memo el que iba quedándose cada vez con menos funciones, alargaba los tiempos de desayuno y salía siempre puntual de la oficina con una sonrisa en la boca.

Solidaridad

En mi empresa tenemos certificados de todo tipo. Pero el Certificado de Solidaridad es bastante nuevo y este año mi jefe quería conseguirlo porque, según nos dijo, ser solidario es competitivo.

El Director General escogió los días previos a Navidad para exponer en un bonito y emotivo discurso la obligación que teníamos como empresa de aportar nuestro granito de arena a la mejora del mundo. El Director General, que en su juventud trabajó en un departamento de ventas y aprendió muchas cosas, tiene don de palabra y consiguió emocionar a María Luisa, que tuvo que salir de la sala de reuniones un poco después que Manuel, que había salido a por algún informe. El discurso fue interrumpido antes de tiempo porque Cristóbal -el bedel de la empresa-, que avisó de que llegaba la furgoneta que el jefe había contratado para llevarse a casa los regalos que

todos los años por estas fechas le enviaban clientes, proveedores y otras empresas del sector, y que solían consistir en ropa de marcas de lujo, vinos buenos y productos de alta tecnología.

Mientras el director daba algunas instrucciones a Cristóbal, nosotros aprovechamos para dar cuenta de unos pastelillos que había traído Luis por su cumpleaños. Luego el discurso se reanudó y pudimos ver al director visiblemente emocionado cuando nos decía que este año la empresa destinaría doscientos cincuenta y dos euros a proyectos solidarios. Todos aplaudimos, especialmente los directores de área y María Luisa, que había regresado algo más contenta a la Sala de Reuniones.

Luego el director nos comunicó que estaba en nuestras manos decidir a qué proyecto iría destinado el dinero. Se abriría un plazo para que pudiéramos hacer nuestras propuestas, que serían evaluadas por el equipo directivo. El director nos pidió también que diésemos publicidad a esta iniciativa a través de nuestras redes sociales, siempre sin olvidarnos de añadir el logotipo de la empresa.

En nuestra oficina cuando es por una buena causa colaboramos todos y

aquella no fue una excepción. La semana posterior al discurso del director todos teníamos alguna idea sobre a qué destinar el dinero. Blanca propuso donar el dinero a unas monjas de clausura que habían dejado de ingresar dinero por las galletas de mantequilla y ahora querían invertir en maquinaria para empezar a elaborar productos integrales. Fernando no estaba para nada de acuerdo y dijo que ya le gustaría a él vivir gratis en un convento a base de galletas de mantequilla y que, para eso, mejor le dábamos el dinero a él, que vivía en sesenta metros cuadrados y tenía que dar de comer a dos hijos con el salario mínimo interprofesional.

Julio -que nos odia a todos- propuso destinar ese dinero a una iniciativa vecinal que había surgido en su barrio para ayudar a los más necesitados - todos nos preguntábamos si los becarios de la empresa estarían comprendidos en dicho grupo-, pero a Margarita no le gustaban los chinos - ni, en general, cualquier persona que hablase en un idioma distinto al suyo y no fuese futbolista o cantante-, así que se negó a dar su voto a la propuesta de Julio. Algo que fue secretamente aplaudido por otros compañeros como Miranda a la que no le gustaban en general la gente de pieles más oscuras que la suya, excepto los que iban a Marbella a pasar las vacaciones de verano, que “bien hubiesen podido pasar por blancos”. A los del barrio de Julio los veía negros, muy negros, y problemáticos.

Anais -una chica que había entrado en prácticas hace poco y a todos nos parecía un poco rara- propuso que se destinase el dinero a la asociación de ayuda a los afectados por la alotriofagia, algo que nos sonó muy mal a todos. María Luisa se escandalizó y dijo que de ninguna manera el dinero iría destinado a una asociación que ayudaba a las personas a comerse unas a otras. Ausprungen -que no es el típico alemán y entiende regular el castellano- se empezó a reír y no supimos muy bien qué es lo que podía haber entendido. Entonces Anais explicó que la alotriofagia nada tenía que ver con la antropofagia y que era una enfermedad mental muy seria que consistía en comer sustancias no comestibles como tiza, madera, tierra o papel. Ausprungen se le debieron ocurrir más cosas porque volvió a echarse a reír. Claudia dijo que no entendía que tuviésemos que dar dinero para ayudar a gente que hacía lo mismo que su hijo de dos años que, además de la tierra o la pintura, se comía también los mocos -como Cristóbal el conserje-. Algunos meses más tarde, cuando nos encontrábamos todos muy liados tratando de terminar un importante proyecto, alguien se dio cuenta de que las macetas de muchos tiestos mermaban y ya nunca volvimos a ver a Anais de la misma manera.

Pero volvamos al Certificado Solidario. Después de dos semanas debatiendo

a qué proyecto dedicar los fondos, alguien propuso destinarlos a una residencia de ancianos que no estaba lejos de la oficina, y que sabíamos había acogido a dos antiguos trabajadores de la empresa. No sabemos si fue por solidaridad o por pensar que podríamos vernos algún día igual y cuanto mejor acondicionada estuviese la residencia mejor, pero la cosa es que al final todos, excepto Anais que seguía obcecada con la defensa de los que se comían todo lo que no tenían que comerse, votamos a favor de la propuesta.

Dos días después de plantear en firme nuestra propuesta al director, éste nos comunicó que finalmente los fondos se destinarían a una campaña que la televisión estaba haciendo para prevenir la alopecia temprana. Los donantes serían mencionados por la propia cadena en sus emisiones. Fue así como, durante casi un mes, pudimos ver el logotipo de nuestra empresa aparecer en la televisión junto a un tipo joven y completamente calvo. Después recibimos un premio de la propia cadena de televisión y, a día de hoy, poco a poco, nos vamos posicionando en el mercado como empresa solidaria.

Antiguos compañeros

Lo encontraron un martes al fondo de uno de los pasillos del sexto piso del edificio. Hace años se ubicaba en esa planta el departamento de valoración de siniestros, pero ahora éste se había trasladado al segundo piso y la sexta planta había quedado abandonada. El empleado se llamaba Gregorio Fernández. Su número de nómina, nos dijo, era el 461.

Durante décadas la nuestra ha sido una de las grandes compañías del sector asegurador. En los años de bonanza todo el edificio había estado repleto de empleados, archivadores, máquinas de café, fotocopadoras... Incluso el patio interior del mismo llegó a albergar un pequeño restaurante que daba servicio a los trabajadores. Ahora, aunque la facturación de la empresa seguía siendo elevada, se había reducido casi a la mitad el número de trabajadores y las últimas plantas de aquel edificio de ladrillo habían quedado inutilizadas,

estando solo pobladas por grandes bolas de polvo espeso junto a mobiliario antiguo de oficina, enseres del desaparecido restaurante y expedientes amarillentos que, muy de vez en cuando, eran consultados por mis compañeros.

Fue Julio, del departamento comercial, quien hizo el hallazgo. Más tarde nos diría que el encuentro se había producido mientras buscaba un expediente a reabrir del ochenta y siete. No obstante, muchos sospechábamos que llevaba tiempo echándose la siesta en rincones desiertos del edificio, y no nos extrañó que fuera precisamente él quien diese con Gregorio. Sea como fuere, el hallazgo se produjo un martes y el miércoles la noticia se había difundido por los seis departamentos de la oficina. Si bien, como es lógico, todos tuvimos dudas al principio de que aquel hombre fuera, tal como él afirmaba, empleado de la compañía, bastó que los de nóminas realizasen algunas comprobaciones para que quedase demostrado que el recién hallado decía la verdad. Algo que corroboró el responsable del Departamento de Finanzas (al que el empleado decía pertenecer, pero donde nadie lo conocía). Un compañero ya jubilado al que se telefoneó recordó haber trabajado con un tal Gregorio al inicio de su andadura en la compañía, describiéndolo como un tipo reservado y muy disciplinado. Por alguna razón el perfil de hombre reservado y disciplinado nos cuadraba con el hombre de traje holgado y corbatas anchas que acudía

cada día a la oficina entre las siete y cuarenta y dos y siete y cuarenta y cuatro de la mañana.

Una vez aclarada la pertenencia a la compañía, el caso pasó al Departamento de Recursos Humanos, donde se averiguó que el empleado con número de nómina 461 y nombre Gregorio Fernández tenía que haber sido despedido hacía veintidós años, momento en el que se llevó a cabo uno de los primeros despidos masivos de la compañía. A causa de un fallo de comunicación entre departamentos, el nombre de Gregorio fue borrado de algunos registros de la entidad pero no de otros y éste nunca recibió carta de despido ni dejó de estar en nómina. Y es así que Gregorio siguió entrando cada día a su puesto de trabajo entre las siete y cuarenta y dos y siete y cuarenta y siete, y saliendo a las cinco en punto de la tarde. En qué ocupaba las horas que allí pasaba era un misterio para nosotros. Algunos de mis compañeros afirmaban haber visto dibujos extraños en expedientes muy antiguos, otros suponían que se había dedicado a tallar pequeñas piezas de madera dada la cantidad de virutas de este material que se encontraban frecuentemente en el archivo y que otros compañeros atribuían a la existencia de termitas. La conexión a internet no funcionaba en la planta en que fue encontrado y los dos únicos ordenadores que había llevaban años estropeados, por lo que tuvimos que descartar la que hubiese sido la más factible de las explicaciones: la navegación intensiva por

la red. Con el transcurrir de los días, descartamos también la existencia de cualquier tipo de vena artística en Gregorio que lo pudiesen convertir en autor de los dibujos encontrados en los expedientes y creímos firmemente su versión de que pasaba las horas revisando datos de pólizas antiguas y haciendo cálculos con la ayuda de una vieja calculadora color crema y varios bolígrafos que llevaban el logotipo antiguo de la empresa.

Una semana después de que Julio encontrase a Gregorio nos enteramos de que el Director General se había reunido con la Directora de Recursos Humanos y otros dos responsables de la compañía para preparar el despido de aquel. A tal fin, el responsable de cuentas había calculado la cuantía de la indemnización por despido correspondiente a los años trabajados por Gregorio y fue entonces, con el informe de las cuentas en la mano, cuando el Director General cambió de idea y decidió que, dada la proximidad de la edad de jubilación del empleado, lo mejor era que permaneciese en la empresa hasta el momento de su retirada.

Un vecino abogado de Claudia le comentó, y esta a su vez a nosotros, que el caso de Gregorio podría ser llevado a juicio alegando negligencia por parte de la empresa y que el suceso llegaría a los periódicos. No sabemos si este

comentario llegó a oídos del Director General o fue mera casualidad, pero el hecho es que dos días después de que esta información aterrizase en la oficina, este organizó un acto de bienvenida a Gregorio en la sala de reuniones en el que se sirvieron bebidas y canapés. En dicho acto, el director intentó sin éxito varias veces que Gregorio dijese algunas palabras, pero este se limitó a sonreír cortésmente y comer con decoro los vistosos canapés que se le iban ofreciendo. Suplió el Director General esta falta de verbo con un alegato a favor de la estabilidad en el empleo y la importancia de la fidelidad a la empresa; la experiencia y los conocimientos acumulados de personas como Gregorio, afirmó con gravedad el director, eran imprescindibles para una compañía como la nuestra.

Una vez aclarado que Gregorio seguiría con nosotros, tocaba decidir a qué departamento sería asignado. Como es lógico, Gregorio deseaba permanecer en el Departamento Financiero, que es al que llevaba décadas perteneciendo. Pero en este departamento hacía tiempo que se venían utilizando programas informáticos que él desconocía por completo y, así, la dirección optó por un cambio. Se barajó primero la idea de asignarlo al departamento comercial, por ser el menos exigente respecto a conocimientos informáticos, pero el aspecto algo anticuado de Gregorio hicieron que se descartase la idea. Este pasó después varias semanas peregrinando por algunos departamentos, sin

llegar a cuajar en ninguno de ellos. Los responsables de los departamentos lo rechazaban por motivos tan diversos como la insuficiencia de sus conocimientos informáticos, su extrema parquedad de palabra o la falta de integración en los equipos de trabajo. Fue entonces, tras varios intentos de integración fallidos, cuando se volvió a reunir el equipo directivo y se tomó la decisión de nombrar a Gregorio ayudante de recepción. El encargado de recepción, hombre regordete y entrado en años, no vio con buenos ojos al recién llegado, más por el hecho de que el nuevo pudiese ser testigo de su afición a pasar la jornada laboral en forma de horas muertas que por cualquier tipo de animadversión. Sin la colaboración de su compañero, el recién llegado se vio imposibilitado para realizar satisfactoriamente las funciones del puesto de ayudante de recepción y, finalmente, se llegó a la conclusión de que tampoco podía permanecer en aquel puesto.

A partir de entonces poco más supimos de Gregorio. Alguien dijo que había visto al Director General acompañarlo a la sexta planta y que, tras alguna pregunta formulada por Gregorio, el director había contestado un “siga usted haciendo como hasta ahora”. El hecho es que dejamos de verlo por la oficina y, con bastante rapidez, nos fuimos olvidando de él.

Dos años después de aquel episodio, un compañero de nóminas declaró que Gregorio había fallecido. Según nos informó, Gregorio llevaba varios meses de baja cuando sucedió el triste acontecimiento, no obstante, ninguno teníamos noticia de esto. A día de hoy, algunos aún dudan de su defunción y piensan que sigue trabajando en la sexta planta y es que, a pesar de la noticia de su muerte, nadie acudió a su mesa de trabajo para recoger sus cosas.

De cómo acabé paseándome en góndola por Venecia con el memo.

Lo tengo comprobado, en todas las oficinas hay algún idiota -en la mayoría, más de uno-. El problema con los idiotas es que no es políticamente correcto ni educado decirles que son idiotas, así que una siempre tiene que andar con subterfugios del tipo “es que no hace bien esto o lo otro” o “es que no me debió oír (porque se lo dije mil doscientas veces)” o “ a lo mejor no tiene facilidad de palabra” o “puede que sea daltónico (y no haya visto las instrucciones en mayúsculas y subrayadas en rojo)” y así.

En mi oficina idiotas hay muchos, pero el memo es un idiota de nivel superior. Como además de idiota siempre lleva una sonrisa pegada a la cara uno tiene que mostrarse más políticamente correcto si cabe y andarse con rodeos. Así, cuando una querría decir “¿por qué diablos no hay leído este

email que lleva en tu bandeja de entrada tres semanas?”, y él sonríe y te dice que se le olvidó, en vez de darle un puñetazo en la nariz y romperle las gafas, tienes que devolverle otra sonrisa y decir “tómame tu tiempo”. Como es comprensible y he comentado ya en otras ocasiones, con el tiempo mis compañeros y yo lo fuimos dando por perdido.

La cosa es que, allá por noviembre, la Directora de Recursos Humanos nos informó de que tendríamos que hacer un curso en prevención de riesgos laborales. Un curso que estábamos obligados a realizar cada dos años. La última vez, a nosotros que no separamos la vista del ordenador en todo el día, nos dieron instrucciones detalladas de cómo teníamos que doblar las rodillas y extender los brazos para coger todo tipo de cajas. Alguien comentó que el único peso que se levantaba en aquella oficina era el del croissant que muchos desayunábamos por la mañana, pero esto influyó poco en los contenidos del curso, que venían siendo exactamente los mismos desde hace cuarenta años. Se trataba de instrucciones que valían lo mismo para el trabajo en las fábricas londinenses de la Revolución Industrial que para nosotros, que más bien parecíamos la continuación de nuestras mesas de trabajo por lo poco que nos movíamos.

La cosa es que, como ya nadie prestaba atención al curso, este año habían decidido introducir una novedad para motivarnos. Se formarían grupos de cuatro personas y se haría una competición de conocimientos con otras empresas. Los ganadores tendrían como premio un viaje a Venecia, con paseo en góndola incluido. Aunque no sonaba mal, el curso seguía sin interesarnos en absoluto y ninguno estábamos dispuesto a aprender de memoria las doscientas señales de materias peligrosos que sabíamos que no utilizaríamos en la vida -excepto quizá la de gases tóxicos en la puerta del baño-. Además, el viaje sería con el resto de nuestros compañeros de equipo, o sea, compañeros del trabajo, y aquello lo descartaba como viaje de placer.

A mí me toco en el grupo de Luis y el idiota. Luis pensaban como yo que el curso había que pasarlo con el mínimo esfuerzo y el máximo escaqueo, pero el idiota quería ganar y llevarse el viaje. Y lo malo de los idiotas es que te sonrían pero nunca cambian de idea.

El primer día del curso nos pasaron algunas hojas con los tipos de guantes que existían, cómo abrir y cerrar un grifo en caso de emergencia y la manera en que podíamos abrir y cerrar las ventanas sin dañarnos la espalda. Al idiota todo le pareció muy interesante; especialmente lo de las ventanas, porque ya

se había golpeado unas cuantas veces; y tomó muchas notas y así, en la clase del día siguiente, dijo que nuestro grupo estaba preparado para contestarlo todo. Luis y yo, que no guardábamos ni los apuntes de los guantes ni ningún otro, nos quedamos pálidos. El idiota entonces contestó que el rojo era la etiqueta el grifo del agua caliente y el azul el del frío y que la ventana era mejor abrirla separándose un poco de ella y que, por experiencia propia, lo había podido comprobar. También dijo que era mejor no ponerse muy cerca de una puerta cerrada para evitar golpes que, él mismo también, había sufrido muchas veces.

Le dijo también al formador que, cuando había humo, era mejor salir del edificio y que siempre era mejor correr escaleras abajo que escaleras arriba porque uno salía más rápido. Lo único que no supo responder bien era en qué parte del cuello había que hacer el corte con cuchillo cuando alguien se atragantaba, pero pidió la anulación de la pregunta porque eso no venía en ningún manual. Era idiota sí, pero se había leído los manuales.

El tercer día del curso, Luis y yo, que habíamos sobrevivido a las clases haciendo bolitas de papel y caricaturas de los compañeros, ya intuimos que el memo tenía posibilidades de ganar. Luis intentó dar respuestas equivocadas a

algunas preguntas pero el memo, con su sonrisa eterna, le corrigió cada una de las respuestas; porque, al subir o bajar los bordillos de las aceras, había que mirar al suelo y no, como decía Luis, imaginar formas a las nubes. También que los chalecos reflectantes no son reversibles y no, como decía Luis, cambian de color según el país.

El viernes nos comunicaron que habíamos pasado a la final. El idiota se pasaba las mañanas y las noches estudiando los manuales. Algunas veces lo oíamos en el baño repasando en voz alta, y otras comentaba con los compañeros cómo estaba llevando la preparación esos días. Luis y yo rezábamos para que alguno de los equipos contrarios se hubiese aprendido mejor que él los centímetros de distancia que tenía que haber a la pantalla de ordenador, o qué hacer en caso de una picadura por garrapata. Luis llegó incluso a preparar una serie de apuntes resumen para un colega que competía en otro equipo. La idea del paseo en góndola con el memo nos ponía a los dos los pelos de punta.

Pero pasó lo que tanto temíamos. El memo acertó todas las respuestas -menos la de si se podían encender mecheros, cerillas o interruptores en un sitio en el que pueda haber gas, que contestó que sí porque a él todavía no le había

pasado y no sabía muy bien qué contestar. Al final la pregunta también se acabó anulando por no encontrarse en los manuales. También erró al contestar si se podían realizar movimientos rápidos y bruscos cerca de colmenas o nidos de insectos, a lo que él respondió que sí, para que no le picasen, siendo la respuesta correcta “no”. Finalmente, también esta pregunta fue anulada porque no quedaba muy claro a qué tipo de insectos se refería.

En la entrega del premio, el idiota se emocionó y dijo que había sido una victoria de equipo, y que sin su equipo no era nadie, luego nos abrazó con lágrimas en los ojos y quiso besarnos en la mejilla, pero eso ya fue demasiado para nosotros y Luis le golpeó con la rodilla en la espinilla en un amago de tropiezo.

Librarse del viaje no era un tema fácil, la empresa quería incluir la foto de los tres en la góndola para el anuario de ese año y, tanto Luis como yo, queríamos pedir un aumento de sueldo en enero. Cuando yo ya estaba camino del aeropuerto, Luis llamó por teléfono y dijo que estaba en el ambulatorio por indigestión, la noche anterior había untado pepinillos con mermelada e, inesperadamente, había empezado a vomitar.

Al final, acabe yo sola en la góndola con el idiota y así, muy sonriente él y muy fastidiada yo, aparecemos los dos en la foto del anuario.

Cambiar de empresa

Todos habíamos amenazado alguna vez con irnos de la empresa. Generalmente ocurría a principios de año, cuando se nos convocaba a una reunión para informarnos de la no-subida salarial.

En estos casos siempre había alguien que airadamente afirmaba que abandonaría la empresa. Entonces los compañeros fingíamos creernos la amenaza y hacíamos el papel de compañeros comprensivos.

Así ocurrió cuando a Margarita la acusaron de robar el pomo de una puerta de la Sala de Consejo -un pomo dorado de aluminio que llevaba varios días con un tornillo suelto-, y que en el bolso de Margarita hacía “clac, clac” cuando esta caminaba. Margarita llorando gritó que si aquella empresa dudaba de su honestidad se iría de allí. Entonces se le cayó el pomo dorado

de aluminio del bolso y dejó de llorar. No obstante, en el tiempo que duró el drama todos corrimos a desempeñar nuestro papel lo mejor posible. Miranda le sujetó la mano y le dijo que tenía que respirar con el abdomen para tranquilizarse. Claudia la animó a desahogarse con ella “confidencialmente”. Y todos los demás cantamos el estribillo de “ay, pobre”, “tranquila”, “qué faena” y demás. La Directora de Recursos Humanos, siempre más práctica, contrató los servicios de una ferretería para reforzar los pomos y picaportes de toda la oficina.

Como digo, quien más quien menos, prácticamente todos habíamos amenazado con irnos alguna vez. Pero una cosa es decirlo y otra completamente distinta hacerlo.

Así, cuando un lunes por la mañana, Luis -un compañero que el café del desayuno, en vez de con leche, lo pide con brandy- nos dijo que se marchaba, todos nos preparamos para interpretar de la mejor manera posible nuestro papel de buenos compañeros. Pero esta vez no ocurrió lo esperado, y Luis nos dejó a todos verdaderamente descolocados cuando nos dijo que la cosa iba en serio.

Como todo el mundo sabe, el empleo está fatal, vivimos en una crisis

económica permanente y más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Por eso, a todos la decisión de Luis nos pareció descabellada.

Más tarde Luis explicaría a Claudia -y esta a nosotros- que había recibido una oferta de trabajo de otra compañía del sector. Y entonces, súbitamente, a nadie nos siguió apeteciendo seguir con la representación del papel de buenos compañeros, y empezamos a mirar a Luis con cierto recelo. Cuando después nos enteramos de que tendría un sueldo y un horario mejores que el nuestro, la cosa ya nos resultó insoportable.

Dicen que fue Jaime -que suele chivarse de todo lo que hacemos a los jefes- pero yo creo que fue Julio -que nos odia a todos-. También es posible que hubiera podido caerse él solo, porque al volver del desayuno suele subir las escaleras de entrada a la oficina tambaleándose un poco. La cosa es que, después de un mes de baja por rotura de menisco, no volvió a mencionarnos más el cambio de trabajo.

El huerto urbano

Es cierto que en mi empresa no somos los más modernos pero este año el director había hecho grandes esfuerzos y esto de volver a quedar penúltimos en la lista de empresas más innovadoras -en un sector, hay que decirlo ya de por sí poco innovador-, lo disgustó enormemente. Mientras los demás nos preguntábamos qué tendríamos nosotros más innovador respecto a la empresa que había quedado en último lugar, el Director General daba vueltas a cómo abandonar el penúltimo lugar en el listado.

Las malas lenguas -que en mi empresa no son pocas- decían que mientras María Luisa siguiese haciéndose la permanente en la misma peluquería antes de cada congreso en el que participase la empresa y Pablo siguiese vistiendo aquel abrigo de paño marrón de tatarabuelo, nunca conseguiríamos abandonar aquella penúltima posición. Pero el director optó por otras mejoras antes de atajar las importantes.

Contactó con una empresa de asesores de imagen, cuyos propietarios eran dos hermanos de su mujer, y estos se pusieron manos a la obra. Lo primero que hicieron fue presentar un informe detallado del problema “falta de innovación” y un diagnóstico “necesidad de innovar”. Una vez detectado el problema y el diagnóstico dedujeron que había que buscar soluciones.

En mi empresa tenemos un buzón de sugerencias que no usa nadie -en parte por pereza y en parte porque todos tenemos la firme convicción de que las propuestas del buzón no sirven para nada-. Durante un tiempo “alguien” metía papelitos con comentarios jocosos pero enseguida se descubrió que se trataba de Ausprungen por la cantidad de errores gramaticales y palabras terminadas en “-engen”, “-schaft” y “-heit” que tenían las notas.

Por todo esto, nos pareció a todos extraño el día que el director nos reunió para comunicarnos que la empresa había decidido poner en práctica una de las propuestas realizadas por los empleados y nos resultó aún más extraño el contenido de la propuesta: la creación de un huerto en la azotea de nuestra oficina. Enseguida sospechamos que la propuesta venía de Anais, que hace dos años había comprado un ático en las afueras de la ciudad y había levantado un huerto en la terraza, colaborando activamente a partir de

entonces con la asociación en defensa de los huertos urbanos de la ciudad.

El Director General, que quería librarse a toda costa de la imagen poco innovadora que tenía la empresa y había asistido recientemente a una convención en las Islas Fiyi sobre la cultura empresarial noruega, acogió con entusiasmo la propuesta del huerto.

Aunque solemos mostrar cierta reticencia a las novedades, somos bastante razonables cuando se nos explican bien las cosas y entramos rápidamente en razón cuando se nos dijo que podríamos ir a la azotea a observar el huerto durante el horario laboral. La única que se opuso frontalmente y desde el principio a la idea del huerto fue la Directora de Recursos Humanos, a la que aquello del huerto le parecía cosa poco seria, y lo de ver crecer lechugas y tomates le parecía más propio de su pueblo.

La cosa es que, al final, triunfó el ansía por la innovación y la modernidad y una mañana de mayo el conserje subió cabreado a la azotea con dos sacos de tierra y semillas de verduras variadas. El Director General, ansioso por hacer algunas fotos del huerto para mostrárselas a otros colegas del sector, y sin ningún tipo de conocimiento agrario, se desesperó cuando vio que dos

semanas después de la siembra, todavía no había brotes verdes que enseñar a nadie. Dado que no faltaba mucho para la convención de directores que este año tendría lugar en Suiza, el director dio instrucciones al conserje para que retirase las semillas del huerto y plantase tallos ya crecidos de alguna verdura vistosa. El conserje, que sabía del trabajo de la tierra lo mismo que el Director General, metió en aquella tierra algunos tallos de plantas poco preparadas para aquel sitio y aquel clima.

Y, aunque durante un par de días las plantas parecían vistosas e hicieron que el Director General se pasease silbando por la oficina, ocurrió que una semana antes de la reunión anual de directores, las plantas empezaron a marchitarse. Mauro -un compañero muy serio del departamento financiero- dijo que había visto en un documental que eso ocurría por los escarabajos, pero otros de mis compañeros más conocedores del campo se mostraron escépticos dada la falta de mordiscos de coleópteros en las hojas. La mayoría, que no teníamos idea de agricultura ni habíamos visto coleópteros por la zona, sospechamos que aquellos tallos no habían llegado a echar raíces y que habían durado lo que duran los tallos de cualquier flor metidos en agua.

La convención de directores estaba cerca y, por eso, después de convocar de

urgencia a otros responsables se decidió enviar al conserje a comprar algunas hortalizas y flores de plástico en el bazar de enfrente, se llamó al fotógrafo y se hicieron las fotos del huerto. Unas fotos que, había que reconocerlo, quedaron estupendas.

La cosa es que todos quedamos tan satisfechos que ninguno se percató que algunas de las flores plantadas en el huerto tenían la etiqueta de compra pegada en algunos de los tallos y, es así que, ese año, no solo no obtuvimos las tres estrellas en promoción del medioambiente, sino que nos quitaron la mención del año pasado.

Al año siguiente, lejos de tirar la toalla y dar el huerto por perdido, se decidió que dos personas de la empresa asistieran a un curso de formación en huertos urbanos subvencionado por el ayuntamiento. Los becarios que asistieron, aunque licenciados en Derecho, aprendieron rápido el manejo del huerto y así, después de varias semanas de cuidados intensivos, plantación de las mejores semillas y abonos naturales que mantuvieron la oficina oliendo a podrido varios días, por fin empezaron a vislumbrarse unos bonitos tallos verdes que levantaron el ánimo de toda la oficina.

Al principio se nombró a los dos becarios como “voluntarios de huerto” pero, cuando empezamos a ver que los voluntarios podían ir y venir libremente a la azotea sin dar explicaciones, entonces todos quisimos también ser nombrados “voluntarios de huerto”, especialmente según iba llegando el buen tiempo. La pelea por el nombramiento se hizo más encarnizada cuando nos enteramos de que la Directora de Recursos Humanos, enfadada con todo el asunto del huerto, juró no volver a subir a la azotea.

Antes del asunto del huerto, la Directora de Recursos Humanos controlaba cada una de nuestras entradas y salidas de la oficina pero después, y dada la confusión de voluntarios, el control se hizo imposible. Todos entrábamos y salíamos -a excepción Blanca, que es una bellísima persona- varias veces al día y, si al pasar por la puerta del despacho de la Directora de Recursos Humanos, esta nos salía al paso, no tardábamos en contestar que íbamos al huerto. Lo cual, por otra parte, era verdad en casi la mayoría de las ocasiones.

Fue en junio cuando ocurrió la tragedia. Habían pasado tres meses desde la siembra y se cosecharon los siguientes frutos: 4 cebollas, 2 lechugas, 5 tomates y media bolsa de espinacas. A la Directora de Recursos Humanos,

aunque no era ninguna experta en temas agrarios, aquello le pareció poca cosecha y, por primera vez incumplió su promesa de no subir al huerto. Así, sin avisar a nadie y en el peor momento porque era el cumpleaños de Luis y unos cuantos estábamos merendando en la azotea, nos pilló con dos bandejas de pasteles y tres botellas de vino tinto. La situación se puso aún más fea cuando, airada por el descubrimiento, decidió bajar a pie de la azotea en vez de utilizar el ascensor y se encontró en las escaleras a María Luisa y Manuel en lo que parecía una de las posturas más difíciles del Kamasutra.

Después de aquello la directora estuvo una semana sin venir a la oficina por ansiedad y, a su vuelta, el huerto desapareció por completo.

La gripe

Todos los inviernos en mi oficina hay alguien que sucumbe a la gripe. Por lo general suele ser Pablo junto a algún otro de su departamento que, no sabemos si por contagio vírico o psicológico, acaba sucumbiendo con él.

Pero este invierno se han desbordado todas las expectativas y después de Pablo, que anduvo varios días por la oficina estornudando y sonándose ruidosamente los mocos, también cayó Ausprungen -que en nada se parece al típico alemán- y que en vez de estornudar con un “¡Achís!” estornudaba con un “hatschi!” lo que a todos nos parecía muy extraño. Ausprungen lo pasó mal de verdad porque la semana de carnavales había una fiesta erasmus de las importantes y no pudo asistir por la gripe.

También cayeron Fabián -que tuvo que ir al baño más de lo habitual-, Anais,

Mauro, Luis -que en el desayuno en vez de café con leche pide café con brandy- y otros muchos.

La gripe llegó a calar tanto en la oficina que durante días no se hablaba de otra cosa. Hasta tal punto llegó la cosa que el que no tenía la gripe se quedaba fuera de las conversaciones de aquellos días. Uno se veía aliviado cuando después de algunas toses acudía al médico de cabecera y era diagnosticado de gripe porque podía volver a la oficina con la cabeza alta y blandiendo el parte médico. Entonces sus compañeros comprendían que era uno más del grupo de afectados.

Esos días muchos hacían comentarios del tipo “¿Qué tal la tos? Yo he dormido fatal” y entonces el interlocutor se veía obligado a decir que él también o peor. Otras veces había compañeros a los que el médico no les diagnosticó gripe sino de catarro o, aún peor, catarrillo, y en esos casos la persona volvía a la oficina con la cabeza baja y algo de apuro.

La gripe también tuvo algunos efectos colaterales. Así, Pablo -un compañero al que siempre le dolía todo- perdió protagonismo esas semanas. Nadie le preguntaba ya qué tal la revisión del oftalmólogo o la del digestivo porque

cada uno teníamos nuestros propios problemas de salud y todos queríamos hablar de ellos.

Otra consecuencia que tuvo la epidemia de gripe que se vivió en la empresa fue la reestructuración que se produjo en algunos grupos. Claudia, Anais y Lola habían sido amigas desde su llegada a la empresa; compartían desayunos y confesiones y se veían fuera del horario laboral; habían asistido a sus respectivas bodas y se preguntaban siempre por sus vacaciones. Con la gripe la cosa cambió porque ahora Claudia y Lola tenían diagnóstico y Anais ni tosía. Claudia y Lola mantenían conversaciones sobre fiebre, pastillas, dolores musculares y toses de las que Anais quedaba totalmente excluida. Sus relaciones con ella se enfriaron hasta tal punto que Anais deseó con todas sus fuerzas tener ella también la gripe y un día, a hurtadillas, cogió de la papelería uno de los pañuelos usados de Claudia y aspiró con todas sus fuerzas. Pero cuando Dios no quiere no aprieta y, para su desgracia, permaneció completamente sana todo el invierno.

La gripe no solo desunió, sino que también unió a compañeros. Luis y Fernando no se soportaban pero, como ahora ambos tenían la enfermedad, se les pudo ver compartiendo paquetes de pañuelos y preguntarse el uno al otro

por su salud. También se crearon vínculos fuera de la oficina. Miranda, que nunca había hablado con sus vecinos, se encontró manteniendo una animada conversación en el ascensor sobre tratamientos naturales para la gripe. La conversación comenzó cuando Miranda, que tenía la gripe desde hacía varios días, observó cómo la vecina se limpiaba algunas gotitas que le colgaban de la nariz con un pañuelo de papel. Podía haber sido catarro, pero su intuición no le falló y enseguida su vecina le confirmó que ella también había sido diagnosticada de gripe por el médico. Desde entonces Miranda y su vecina se saludan siempre con respeto cuando se encuentran en la escalera.

La gripe también había unido a Mauro con el pescadero de su barrio. Así, cuando la mañana del sábado mientras Mauro preguntaba a su pescadero habitual por el precio del bacalao del Atlántico y este soltó un tremendísimo estornudo acompañado de algunos mocos que corrió a limpiarse con la manga, lejos de salir del local airado como el resto de clientes, Mauro comprendió que el pescadero era uno de los suyos y se sintió en profunda comunión con él.

Entre mis compañeros de trabajo siempre los ha habido más sanos y esos eran los que ahora peor lo pasaban porque, por más que lo intentaban, no había

manera de que la gripe se fijase en ellos. Algunos sufrían tanto que llegaron a fingir algunos síntomas de la enfermedad: tosían sin ganas y se pellizcaban el rostro para hacer creer que tenían fiebre. A estos farsantes se les solía descubrir rápido y recibían miradas y comentarios de desaprobación porque, como todo el mundo sabe, jugar con la enfermedad no es ético. Por eso cuando Miranda pilló a Margarita abriendo la ventana del baño para que hubiese corriente en uno de los días más fríos del año, no la volvió a dirigir la palabra en toda la semana.

Por suerte para los marginados por la no-gripe, las aguas volvieron a su cauce a finales de marzo, cuando Pablo acudió ufano y altivo a la oficina para decirnos que su gripe había derivado en neumonía, que el médico le había recomendado el ingreso en el hospital unos días pero que él había preferido venir antes a informarnos a todos.

Epílogo

Este es el primer libro de lo que pretende ser una serie de relatos de oficina. Si te ha gustado, deja tu opinión en Amazon y así me animarás a la publicación del segundo libro de relatos. ¡Gracias por contribuir con tu valoración!